

AUTORRETRATO

Italia, 1959

Soy poco partidario de autorretratos, por creerlos *imposibles*. Incluso los de Rembrandt, tan magníficos, claro está, no son sino pretexto pictórico, motivo plástico puro, con *mucha pintura* y... poco retrato; me limitaré, pues, a señalar aquí la fecha y el lugar de mi nacimiento (1910, Murcia) y muy poco más, ya que todo el resto me parece un material demasiado movable aún. Mi propia pintura, a lo largo de cuarenta años de trabajo, quiero considerarla sólo como una *proposición*, como un continuado... *boceto provisional*. Empecé a pintar en 1920, o sea, contando apenas diez años, en el estudio de los pintores Pedro Flores y Luis Garay, únicos atentos, en la Murcia de aquellos días, a cierta universalidad; siete años más tarde –mi pintura de entonces era, según se decía, un cubismo liberado de su prisión geométrica- exponía en París y, lo que es más importante, al contacto directo con los cuadros de Braque, de Rouault, de Matisse –que me habían desilusionado-, rompía definitivamente con esa idea convencional de “arte moderno”, llegada hoy, como se sabe –a través de su larga agonía *snob*-, a su academicismo y oficialidad. Cara a cara, sin el celestinaje de “Cahiers d’Art”, sin la *ensoñación* provinciana, a toda esa pintura le había descubierto, de pronto, un algo de papel, una miseria de papel. Me di cuenta de que *moderno* no podía querer decir nada si no quería decir simplemente vivo, y de que mientras el cuadro de Braque de la semana pasada se había petrificado rápidamente en una pieza de museo, es decir, de arte artístico, el cuadro de *Las Meninas*, pese a su marco, su habitación especial, su estúpido espejo, no lograba nunca ser apresado, encerrado, inmovilizado, y nos sorprende siempre con su fragancia, no ya eterna, sino actual, viva-actual. Mi vuelta de París, a los diecisiete años, habría de ser decisiva. El vaivén del arte artístico, construido, ejercido, no me interesaba, y el arte que me interesaba no era... *arte*, sino vida. De ahí que mi labor de pintor y de escritor se haya mantenido, durante treinta años, en una especie de retiro consciente, y salvo dos premios lejanísimos, y dos distanciadas exposiciones en América, es ahora –con una exposición de cuadros y la publicación de un libro- cuando me parece salir de verdad al exterior. No es, para la naturaleza de mi pintura, un momento favorable, ya que los ojos del espectador siguen impregnados de esa modernidad convencional que se les sirviera a principios de siglo y que, pasados unos años de autenticidad y vitalidad magníficas –con Juan Gris, Picasso y Paul Klee-, viene arrastrándose, por lo menos durante los treinta años últimos, en una especie de vejez retocada. Pero no se trata de buscar el momento propicio, sino de escuchar nuestras obligaciones.

(Texto escrito por Ramón Gaya en Italia en 1959, con motivo de su exposición y la presentación de su libro *El sentimiento de la pintura*, publicado por Arión, en la Galería Mayer, de Madrid, en Mayo de 1960)